
Traer un rostro mariano

“Vivir el carisma marista desde la perspectiva de la mujer (femenina) nos invita a todos a integrar en nuestras vidas elementos marianos como la tenacidad, la resistencia, el cariño maternal, la ternura, la atención en los detalles y la intuición en nuestra experiencia cotidiana”.

(En torno a la misma mesa.25)

Maureen Hagan

Directora del Consejo de Laicos Maristas
Provincia United States of America



Mi itinerario marista comenzó en serio cuando trabajé como ministra del Campus en Roselle Catholic High School, Nueva Jersey, de 2001 a 2016. Después de eso, me convertí en la directora de formación de adultos para la provincia de EE.UU. Durante este tiempo, el movimiento hacia el reconocimiento y la formalización de la vocación laical comenzó a tomar forma. Fui nombrada, por nuestro provincial, para trabajar en varios comités. Uno fue para organizar la primera asamblea de laicos en los Estados Unidos, que tuvo lugar en 2018. Otro, el comité directivo para organizar las prioridades de la asamblea.

Este itinerario refleja no sólo mi experiencia laboral, sino también mi camino espiritual de reconocimiento de mi propia vocación y llamada al carisma de Marcelino, tal como lo viven los maristas de Champagnat. En estos diversos puestos, he sido llamada al liderazgo. Para mí, eso ha significado trabajar para llevar el rostro mariano a nuestro trabajo y ayudar a otros a hacer lo mismo. No limitarnos a hablar de este aspecto, sino hacerlo realidad.

El liderazgo profético para dar vida a este rostro mariano es fundamental en nuestro mundo actual. Un mundo en el que la competencia, las estructuras jerárquicas, el juicio, la exclusión, la codicia y la carrera por el poder sobre las personas han hecho tanto daño a nuestra sociedad y a nuestro planeta.

El modelo de María exige colaboración en lugar de competencia. Exige mentes, corazones y brazos abiertos. Exige un amor que se abra, no que se cierre. Todas estas cualidades son necesarias en nuestro mundo actual.

Rezamos en la Salve que María es “madre de misericordia” y la llamamos “nuestra vida, nuestra dulzura y nuestra esperanza”. Esta misericordia lo abarca todo, es un amor que lo incluye todo; un amor que ve y escucha, un amor que es capaz de caminar en los zapatos del otro y actuar con compasión y empatía. Y actuar, esperemos, con soluciones reales.

Pienso en la “dulzura” como “amabilidad”. No necesito ser mejor que los demás, necesito ser amable. No necesito impulsarme pisando a los demás. Necesito ser amable y servicial. Y en esos gestos, tal vez ofrezca esperanza. Los jóvenes que se sienten atraídos por nuestro carisma, a pesar de sentirse abandonados por su Iglesia, responden a esta amabilidad y aceptación global. Tienen esperanza en una forma mejor de ser Iglesia.

En mi época de ministra de Campus, tuve el privilegio de trabajar con muchas personas que servían a los marginados. Durante varios años, llevamos a cabo una experiencia de inmersión para nuestros estudiantes en la vida de los ‘sin techo’. En una de esas ocasiones, dormí en mi coche toda la noche, para vigilar a los estudiantes que dormían en el campo, detrás de la escuela. Pensé en una joven que había conocido, que había vivido en su coche durante tres meses con sus dos hijos pequeños. Mis pensamientos estuvieron con ella toda la noche, imaginando cómo trataría de mantener a sus hijos a salvo, ayudándoles a SENTIRSE seguros, a pesar de las circunstancias que rodeaban su vida ¡Qué ansiedad!

También durante este tiempo, como ministra del Campus, pasé todas las vacaciones de Pascua en Wheeling West Virginia, llevando a los estudiantes a trabajar en la restauración de casas que habían sido dañadas por las inundaciones. El trabajo era a menudo tedioso y agotador, pero los estudiantes servían con energía y buen ánimo. Me inspiraban a diario por su ética de trabajo, por



las relaciones que entablaban con las personas a las que servíamos, por sus reflexiones de cada noche mientras analizábamos la jornada. Estos jóvenes eran los líderes servidores, dedicados a la misión de dar a conocer a Jesús y hacerlo amar, a través de su trabajo y sus relaciones.

También modelaron la compasión, la generosidad y la inclusión de María. No sólo hacíamos nuestro trabajo para “salvar” a la gente. Pasamos a formar parte de la comunidad y compartimos la vida en las comidas, en las conversaciones, mientras trabajábamos y en la oración. Fuimos educados en la vida de los Apalaches, una de las zonas más deprimidas de nuestro país, y pudimos comprender algunas de las realidades de pobreza que allí se vive.

No dejan de inspirarme los hermanos de nuestra provincia, especialmente los mayores, que siguen trabajando hasta pasados los 80 e, incluso, los 90 años. Su dedicación a la misión me obliga a seguir esforzándome al máximo en mi trabajo. Incluso los hermanos que ya no pueden trabajar siguen apoyando todo lo que

sucede en nuestra provincia con sus oraciones y su continuo interés por la evolución de los maristas de Champagnat. Participan en nuestros encuentros de Zoom y realizan sus propias experiencias de oración, que comparten también en Zoom.

Un recuerdo muy particular se me ha quedado grabado hasta el día de hoy. Estaba sentada con uno de los hermanos mayores en un hermoso lugar de la casa de retiro de los Hermanos Maristas en Nueva York. Hablábamos de lo bendicidos que éramos por estar allí y rezamos juntos la Salve poniendo especial atención en la última línea de la oración: ...“para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Cristo”.

Para mí, el liderazgo profético no es sólo ser digno de, sino también SER la promesa de Cristo: seguir dando vida al Reino y dar a luz una nueva forma de ser Iglesia en NUESTRO tiempo. Y rezo para que mis acciones lo muestren a las personas con quienes sirvo.



Las opiniones expresadas en este documento son las del autor y no reflejan necesariamente los puntos de vista del Instituto Marista.

Si quieres compartir con la Comisión tus ideas, reflexiones o experiencias sobre el liderazgo de servicio y profético a raíz de estas reflexiones, escribe a fms.cimm@fms.it